
PATRIMONIO
COMPRA

Año XII (3.ª época) Julio de 1925 Número 151

LA LUZ DEL PORVENIR

REVISTA POPULAR DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS Y CIENCIAS AFINES

Órgano del Centro LA BUENA NUEVA, domiciliado en la Calle San Luis, 28, 2.° (Barcelona)

Fundadora: AMALIA DOMINGO SOLER — Director: SALVADOR VENDRELL XUCLÁ

SUMARIO

A Amalia Domingo Soler, por Salvador Sellés. — *Una conferencia.* — *Un acto civil importante.* — *Noticias.* — *Correspondencia*

Sobre Ley de expiación, por el Prof. Asmara. — *Sobre el éter*, por Pólux. — *Lo que somos y lo que debemos ser*, por Francisco Seguí. — *Camilo Flammarión*, por José Comas Solá. — *Una casa encantada*

A AMALIA DOMINGO SOLER

Hasta luego, hermana mía. Nuestra familia disminuye aquí y aumenta allá. Aquí estamos de duelo y allá de fiesta. Una vez más en nuestra vida, nos invade esa tristeza alegre o esa alegría triste, de llorar muertos que no han muerto y ausentes que no se van aunque se borran de nuestra pupila: y es que estos ojos de la carne se han hecho para llorar mucho más que para ver. La muerte es una ráfaga celeste: el mismo soplo que apaga aquí la antorcha, enciende allá la estrella. Todo fuego se convierte en luz: cesa la combustión y empieza el rayo: empieza el fulgor inextinguible. Amalia, ya recobraste tu puesto en las alturas. Ya eres un astro más en la constelación, un diamante más en la rica pedrería de los cielos. Ya eres una palabra luminosa en nuestras noches: una invisible protección en nuestra angustia.

Permite que recuerde solemnísimas veladas a que juntos concurríamos. Noches de embriaguez divina, en que las horas extendían alas de oro. En que se mezclaban en un punto de la tierra los dos mundos infinitos: este mundo que se ve y aquel mundo que se siente; los dos mundos confundidos en la santa comunión de sus afectos. Ahora vives lejos y estás cerca. Ahora nos dices a todos que nos amas, nos asistes, nos esperas. Ahora viertes como díctamo, consuelos; como néctar, esperanzas. Ahora nos dices estas frases: "Todo lo presentido, todo lo sospechado, todo lo anhelado es cierto; todo excede en hermosura a lo soñado." Cuando por la noche os entregáis a esos trabajos, cuando os engolfáis en esos estudios, os creéis sumergidos en la sombra; pues bien, os halláis anegados en la luz; en una inmensa claridad que es la atmósfera de oro de los seres superiores que os rodean, que os inspiran, que os protegen. Ellos os prometen bellas recompensas; ellos os prometen merecidos premios, porque vosotros habéis sido fieles y constantes; porque habéis cumplido no muy mal vuestra misión; porque habéis apurado con valor los absintios todos, todos los cálices amargos de la vida. Porque habéis defendido la razón, la justicia y el derecho de los oprimidos; porque habéis proclamado la libertad, la igualdad y la fraternidad entre todos los hombres de la tierra, y porque primero faltará el sol en el espacio y Dios en la conciencia, que falte el lauro merecido a los corazones abnegados; a aquellos humildes corazones que han luchado, que han sufrido, que han vertido lágrimas y sangre, por consolar a sus hermanos de destierro, a sus hermanos de tinieblas en la tierra."

Y cuando llegue nuestra hora; cuando el mar de nuestra vida se ensombrezca; cuando sea ese mar una negrura inmensa de que salga un trueno prolongado; cuando en esa batalla de tinieblas, suenen las embravecidas aguas como carros y armaduras del abismo que se chocan; cuando pálidos y trémulos, empapados en sudores de agonía, derramemos llanto amargo cual marinas gotas; cuando alcemos con ansia nuestros brazos y pidamos socorro entre el bramido de las altas olas, ¡ojalá que entonces vean nuestros ojos lo que vieron tus pupilas: una isla de luz deslumbradora, donde nos esperen, donde nos reciban, donde nos perdonen, donde seamos como náufragos salvados, como esclavos redimidos y dispuestos al trabajo libre en las alturas! — SALVADOR SELLÉS

UNA CONFERENCIA

Si sintiéramos antipatía hacia la religión católica; si no la respetásemos como a las demás religiones que han sido durante siglos el alimento espiritual adecuado al grado evolutivo de la conciencia humana; si pudiera alegrarnos ver en la picota del ridículo al catolicismo ni a otra religión alguna, grandísimo alborozo nos habría producido la conferencia que un mal aconsejado eclesiástico leyó en el Ateneo Barcelonés el día 7 de este mes.

Trató, es decir, se figuró que trataba, de ocultismo, metapsíquica, teosofía, hipnotismo, espiritismo, psicología religiosa, sonambulismo profético, etc., etc. De todo ello hizo mención nominal en disparatada confusión de nombres y doctrinas, demostrando crasa ignorancia del contenido de estas últimas y barajando los dislates con tal profusión, que el auditorio—no compuesto precisamente de Hijas de María, sino de personas en su gran mayoría adheridas a las doctrinas que pretendía refutar el conferenciante, — no pudo sentirse agraviado ni un momento por las descortesías y las vulgares chanzonetas que suplían la ausencia de razonamientos, y se mantuvo en actitud de irónico desdén, como cumple a quien soporta ataques inofensivos de puro necios.

Gran parte de aquel mismo público había oído hace poco en la misma tribuna la palabra de Roso de Luna, un teósofo; y hubo de comparar la cortesía con que aquél se refirió a las creencias religiosas ajenas, con la agresividad del pobre cura que tacha de abominable superchería todo lo que discrepe en una tilde de la ortodoxia tomista.

No faltaron, por supuesto, algunos latines de Escritura, de esos que suelen prodigar los predicadores a la antigua para dar autoridad y saborcillo de sapiencia a sus parrafadas; y con un texto de Tomás de Aquino hubiera podido replicarse al buen señor aquel pasaje en que el llamado Angel de las escuelas dice que "qui ad probandam fidem aducet rationes quae non sunt cogentes cecidit in irrisionem infidelium..." y lo que sigue, (citamos de memoria), palabras que ha de haber hallado el conferenciante en su texto de teología del Seminario y que, de no haberlas olvidado, le evitarían caer en la irrisión de un auditorio culto, *infiel* desde el punto de vista católico.

Por tratarse de un auditorio culto, suponemos que no sufrió el catolicismo grave daño en aquel día. Sabemos y sabían los oyentes del Ateneo que en el campo católico presente y pretérito hay doctrina abundante, más sustancial y más seria que lo que permitirían suponer conferencias como ésta que comentamos. Si a ella asistió algún católico instruído y sincero, debió sentirse dolorido y desear que la doctrina católica se haga oir de nuevo, en un lugar de tan destacada evidencia y sobre cuestiones que tan hondamente preocupan hoy día a la humanidad pensante, por boca más autorizada y competente. No hay derecho, y menos vistiendo traje talar, y menos desde la tribuna del Ateneo, a hablar de una cuestión sin haberse tomado la molestia de estudiarla.

Extremando la caridad hacia quien tan poca tuvo con nosotros, terminaremos este comentario parafraseando unas palabras de Jesús: "Dimitte ille, Domine, quia nescit quod dicit."

UN ACTO CIVIL IMPORTANTE

Ante el juez municipal del distrito de la Universidad se celebró el 19 del pasado junio, a las doce de la mañana, el acto solemne de unirse en matrimonio puramente civil los jóvenes librepensadores Vicente Pareja Avillá y Antonia Costa Sendra.

Por ser esta última hija de nuestro querido amigo y colaborador de esta Revista, el veterano librepensador don J. Costa Pomés, hemos querido tomar parte en el acto y darlo a los cuatro vientos, a fin de que sirva de estímulo para todos aquellos que viven espiritualmente separados de la Iglesia católica y no tienen los arrestos necesarios para plantar cara al espantajo de la rutina.

Fueron testigos del acto, brillante por varios conceptos, el ex diputado a Cortes por Barcelona, don Jaime Anglés y don Mariano Anglada, publicista y miembro de la directiva de la Sociedad Astronómica de España y América.

Asistieron a la ceremonia, además de las

citadas personas, el profesor Asmara, Augé, Pau, Besora, Manuel Posa, José Francés, Llopis, Pareja (Agustín, Vicente y José), Palomo, Pérez, Godoll, Ribé, Parera y las señoras Hortensia y Angelina Peris, Concepción Puig, Josefa de Bayona, Magdalena Paulo, Ramona Sanz, Paquita Bargalló, Teresita Fusté, Emilia y Carmen Florensa, Pepita Paris y otras que no acuden a los puntos de la pluma al endilgar esta nota simpática de emancipación de la conciencia.

Terminada la ceremonia, desposados y convidados tomaron parte en un banquete familiar, que tuvo lugar en la barriada de la Torrasa (Hospitalet del Llobregat), en la torrecilla que el padre de la novia construye en dicho pintoresco sitio. Terminada la comida, que transcurrió entre alegría y amistosas controversias filosóficas, usó de la palabra el profesor Asmara, haciendo atinadísimas consideraciones sobre lo que ha sido, lo que es y lo que debe ser el matrimonio, incompleto si se reduce al ayuntamiento de dos cuerpos. Son las almas de los que han sellado hoy un pacto legal las que deben hacer fecundo el acto que conmemoramos.

No hay que decir si, aprovechando la actual coyuntura, desearemos para los jóvenes desposados y las familias respectivas, que han sabido prescindir de ranciedades y preocupaciones, amparándose en la ley del Estado, todas las venturas que merecen por su tesón y virtudes y la felicidad apetecible, aplaudiendo desde estas columnas el acto cívico que acaban de realizar.

NOTICIAS

Nuevamente, y muy a pesar nuestro, debemos insistir acerca de aquellos de nuestros queridos suscriptores que estén en descubierto con esta Administración, se pongan al corriente lo antes posibe, pues nos es muy doloroso tener que manifestar que son en número considerable los hermanos que adeudan la suscripción correspondiente al pasado año, y una gran mayoría la del actual.

Siguiendo por este camino se hace imposible todo adelanto, pues si bien al anuncio de toda reforma se reciben un gran número de cartas alentándonos a seguir por el camino emprendido, ello es una fuerza moral que agradecemos, pero que no basta ni en mucho a cubrir las necesidades que ello reporta, sino que es necesario el auxilio material que cada una pueda reportar con sólo cumplir el compromiso adquirido al solicitar la suscripción.

Esperamos que las anteriores manifestaciones servirán para que nuestros queridos hermanos se percaten de la razón que nos asiste y subsanarán el olvido remitiéndonos los fondos correspondientes.

—

El domingo, día 9 del próximo Agosto, en la sala de actos de la Institución Ballbé se celebrará una fiesta literaria musical, organizada por la Unión de la Juventud Espiritista, a la memoria del inolvidable hermano Isidro Viver y dedicada a toda la Juventud.

Tomarán parte en dicha fiesta diferentes elementos de la U. de J. E., corriendo la segunda parte de la misma a cargo del Profesor Asmara, quien versará sobre tema de sumo interés para la Juventud.

El citado acto será amenizado por un terceto musical, cantando diferentes composiciones la señorita R. Torres y el señor Víctor Figueras, ambos acompañados al piano por la señorita A. Coll.

—

También está en plena actividad el elemento joven del Centro "La Buena Nueva", a juzgar por los actos señalados para el presente mes y otros muchos en proyecto.

El próximo día 19 celebrarán una fiesta literaria en su local social, sorteándose un magnífico paraguas de señora, con el noble fin de recaudar fondos para la realización de actos de propaganda espírita.

El día 25, por ser festivo, lo dedicarán al estudio de la Naturaleza, a cuyo fin han organizado una excursión a Vallvidrera, en la pintoresca fuente de la Budallera, primero, y al sitio conocido por los Laureles, después.

Por el entusiasmo que reina, es de esperar que dichos actos se verán animadísimos.

—

Nos dicen de Málaga que el conspicuo espiritista y querido amigo nuestro, don Francisco Robles, delegado de la F. E. E., sufre una afección que le ha privado de la vista. Sinceramente lamentamos el contratiempo que esto implica para la vida física

del querido hermano; y no podemos dudar que un espiritista consecuente como lo es él, sabrá encontrar un lenitivo al nuevo estado de cosas que le impone esta limitación de facultades, buceando en la enjundia de nuestro doctrinario.

Para sustituirle en la presidencia del Centro "Discípulos de la Verdad", ha sido designado el querido hermano Francisco Moreno, anterior Secretario, cuyo cargo lo ocupará a su vez el inteligente espiritista malagueño hermano Belffa.

—

Noticias recibidas de Sevilla dan como muy probable la constitución de un Centro en aquella capital, gracias al esfuerzo de varios hermanos, entre los que descuella el vocal de la F. E. E., hermano Pardá.

—

Han entrado a formar parte del Consejo directivo de la Institución Ballbé, el Secretario General de la F. E. E., don Juan Torras Serra; nuestro querido amigo y hermano don Fancisco Llesuy, del Centro Esperanza Cristiana, y nuestro Director don Salvador Vendrell.

—

Además de los consultorios montados por la Institución Ballbé, como anexos al Sanatorio infantil, se está estudiando la creación de dispensarios gratuitos para enfermos pobres. Se espera que el primero de ellos será instalado brevemente en el edificio de la Institución.

—

El Centro Barcelonés de E. P. ha recibido cartas, en las cuales se le ha pedido, en nombre de algunos penados del presidio de Figueras, que se apoye la campaña organizada en favor de los penados españoles, a fin de que se haga compatible la ley de libertad condicional con los beneficios de indulto general acordados o que pudieran acordarse.

En consecuencia de esta gestión, se ha cursado telegrama al Presidente del Directorio, interesando que como acto de clemencia se resuelva favorablemente la demanda que está en pie. Este telegrama ha sido suscrito por el Centro Barcelonés, por el de la Buena Nueva, Centro Esperanza Cristiana y Humanitario del Guinardó, Grupo Andresense y Unión de Juventudes.

Por su parte, la F. E. E. ha dirigido también un telegrama a la Presidencia del Directorio Militar, en el mismo sentido.

—

Aprovechando un viaje reciente, ha hecho una visita a los queridos hermanos del Centro de Madrid, el Presidente de la F. E. E., Prof. Asmara. Con este motivo, en la sesión del domingo, 14 de Junio, hablaron el Presidente de nuestra querida Federación y el Dr. Sánchez Herrero. El primero desarrolló el tema: "La mejor doctrina"; en cuanto al segundo, disertó sobre un caso bíblico de aparición.

—

El pasado día 24 de Junio inauguró su nuevo local de la calle Meridiana, 249, el Centro La Voz del Porvenir de esta capital, ampliado gracias al esfuerzo del hermano Félis Garriga, secundado por otros queridos hermanos.

Asistieron al acto representaciones de la F. E. E., del Centro Humanitario de E. P., Esperanza Cristiana, Centro de E. P. de Sabadell, Grupo Paz, Amor y Progreso, Centro Andresense, etc.

El Presidente del Centro Voz del Porvenir, abrió el acto y cedió inmediatamente la presidencia al Prof. Asmara. Varios niños recitaron poesías de fondo filosófico que fueron muy aplaudidas.

Usaron de la palabra todos los representantes de entidades espíritas y los hermanos Pascual, Garriga y Palencia, del Centro Voz del Porvenir. El Presidente del mismo, don Antonio Vila, habló brevemente para ofrecer un sencillo ramo de flores al matrimonio Garriga, como recuerdo de la fiesta y homenaje de la Junta. Cerró el acto el profesor Asmara con un resumen de las ideas vertidas y de las impresiones recogidas durante esta simpática fiesta.

—

La Institución Ballbé está gestionando lo necesario para la instalación de las escuelas anunciadas, a las que ha de aplicarse el producto obtenido en la tómbola organizada por la Unión de Juventudes. Tiene ya adquiridas mesitas individuales y algún material docente; pero tropieza con algunas dificultades para poder instalarla en el plan en que necesariamente habría de ser presentada.

CORRESPONDENCIA

En esta *Sección* sólo contestaremos a los que no lo hayamos hecho ya directamente.

M. O., F. B. (La Línea), A. O. (T. de la R.), M. R. (Buitrago), C. P. (C. de la F.), E. F. (Suria), A. P. (Manresa), M. R. (Lerignán), M. A. (Elche), A. V. (Almedanejos), V. de J. B. (Manresa), M. G. (Valdecarros), M. G. (Garrucha), F. S. (Motril). Recibidos sus giros. Quedan pagadas sus suscripciones por todo el corr ente año.

A. F. (Almería). Servidos sus pedidos y conformes. J. L. (Zaragoza). Servido su pedido. Esperamos su conformidad. M. T. (Rute). Recibirá los ejemplares de su amigo J. A. G., por encargo expreso del mismo.

Imprenta Clarasó, Villarroel, 17. — Barcelona

Obras de Amalia Domingo Soler

Sus más hermosos escritos
Un tomo de 55_ páginas
En rústica, 6 ptas. -- En tela, 9 pesetas

¡Te perdono! (Memorias de un Espíritu)
Dos tomos de 512 páginas
En rústica, 12 pesetas -- En tela, 18 pesetas

Ramos de violetas (Artículos y poesías)
Dos tomos de 350 páginas
En rústica, 8 pesetas -- En tela, 12 pesetas

El Espiritismo refutando los errores del Catolicismo romano.
Un tomo de 450 páginas
En rústica, 5 pesetas -- En tela, 8 pesetas

Memorias del Padre Germán
Un tomo de 368 páginas
En rústica, 4 pesetas -- En tela, 6 pesetas

Memorias de Amalia (La primera parte fué escrita por ella en vida; la segunda, la dictó desde ultratumba).
Un tomo de 160 páginas
En rústica, 2 pesetas -- En tela, 3'50 ptas.

LA LUZ DEL PORVENIR

SOBRE LEY DE EXPIACIÓN

A cada uno según sus obras, así en la tierra como en el cielo.

ALLAN KARDEC

¡Cuánto se habla de ley de expiación absurdamente y cuántas veces, el creyente, asocia a esta ley la idea de venganza o de martirio! Con frecuencia, cambiando de etiqueta se viene a una concepción del infierno idéntica a la que tienen otras confesiones; o a una forma de justicia humana que se ha querido imponer como justicia divina.

Reflexionemos un poco, que vale la pena discurrir sobre esta ley y ver en ella la verdadera justicia; orientarse sobre lo que es en verdad la expiación.

Para hacer un estudio analítico de la ley; para hablar de expiación como pena, que es la forma general de interpretarla, es preciso que hablemos previamente de responsabilidad. Porque no puede concebirse una pena sin que preceda una sentencia; ni cabe sentencia justa, sin un veredicto que aquilate la responsabilidad del reo; los grados ciertos de culpa intrínseca. Y esto ha de ser tanto más riguroso, cuando quien falla es el alto tribunal donde radica la justicia inmanente, cuya justicia hay que admitir como postulado inconmovible, si no queremos extraviarnos en el dédalo de complicaciones que ofrece este sugestivo problema.

¿De dónde arranca la responsabilidad que puede dar pie a la expiación? Sin duda del acto humano; de la obra, o del pensamiento, que merezca la sanción. De manera que hay que remontarse más y analizar estos actos.

Según la ciencia positiva los actos pueden ser libres, subordinados o mixtos. Generados "ad intra", en nuestro fuero interno, o producidos "ad extra" por inducciones ajenas al hombre; y en último término el acto mixto participa de la naturaleza de las dos corrientes. Según esta genealogía, los actos serán voluntarios o inconscientes, pasionales o automáticos, reflexivos o contradictorios, con mil matices intermedios que vienen a complicar el tema desde que empezamos a asociar al acto la idea del bien y del mal, según la humana concepción de las cosas, o según la utilidad que estas cosas reportan al hombre.

Se ve claro, pues, que para estudiar al acto hay que remontar la corriente más todavía, para colocarse frente a frente de esas fuer-

zas, de esos inspiradores que guardan con el acto la relación inquebrantable de causa a efecto; de punto motor a punto móvil. De esos fautores que se llaman "determinismo", y, en su término antagónico, "libre albedrío".

Al llegar a estas regiones, ataja nuestro camino el siguiente dilema: cuando se afirma que existe el determinismo absoluto, negamos la existencia del acto libre; no existiendo el acto libre, no puede existir su responsabilidad; no existiendo la responsabilidad, no puede existir el castigo; y no existiendo el castigo, la ley de expiación sería un mito. Pero el caso es que la ley de expiación existe; que la sentimos y que la tenemos de mucho por evidente. En consecuencia, si existe la responsabilidad, existe el acto libre; y, si existe el acto libre, existe la libertad de acción, la opción de obrar bien o mal, y, por tanto, una fuerza que se opone específicamente al determinismo y que nos hace acreedores al premio o al castigo, en buena doctrina.

¿Satisface esta descomposición? A mí, desde luego no me satisface. Porque tampoco puede negarse el determinismo, sin negar algo que tenemos por evidente. En efecto, tenemos, entre otras pruebas deterministas, el testimonio de las premoniciones, esto es, la prueba de esos fenómenos que anticipan el conocimiento de hechos futuros, y que fatalmente suceden, como una confirmación palmaria de que estaban previstos y determinados.

Nos encontramos, pues, con el carro en el pedregal; veamos si cabe sacarlo mediante la fuerza que puedan darnos las siguientes fórmulas:

1.ª El determinismo existe, pero no como una ley única. Puede decirse que es una fuerza predominante en el Universo, en el Macrocosmos. Y que actúa a grandes corrientes, marcando las líneas generales de la evolución, conforme a la voluntad del Poder absoluto, de la causa primera.

2.ª El libre albedrío también existe; pero con las limitaciones correspondientes a la función local o personal. Es una fuerza que domina, sin detrimento de la anterior, en el Microcosmos, o sea en ese pequeño mundo que forma el ser humano.

3.ª Por último, como ya dijo un filósofo profundo, el libre albedrío y el determinismo son de esas fuerzas que pueden estar unidas o separadas a un tiempo mismo, completándose o perfeccionando su función según las leyes generales de acción y de reacción.

Con la actuación de estas dos fuerzas, ocurre algo por el estilo que con la navegación en buque de vela: que en un mismo mar y a una misma hora, es posible navegar hacia Levante como hacia Poniente; con proa al Norte, o con proa al Sur. Todo es cuestión de que el marino sepa manejar las velas y el timón, entendiéndose que las corrientes y

el viento actúan como fuerzas deterministas, si vale el símil; y que ese pequeño elemento que se llama timón, obra como agente del libre albedrío.

Se dirá que la libertad de acción del marino está muy restringida. Conformes; pero tiene un margen que es perfectamente libre. Por contra, puede decirse también que la libertad del viento, la acción determinista, queda condicionada a causa de las artes del capitán del buque. Cierto que ante vientos francamente contrarios o ante un temporal deshecho, este capitán acabará por rendirse a la fuerza mayor. ¿Qué duda cabe? Por algo en Náutica se le llama "actos de Dios" a estos casos insuperables. Pero la voluntad del marino no ceja ante el obstáculo, y procura vencerlo a la larga, por los medios que tiene a su alcance: conquistando a la naturaleza por la obediencia de sus leyes. Y precisamente, estos esfuerzos de la voluntad, estos estímulos del libre albedrío, son los que han dado forma y función a los buques de alto bordo que hoy cruzan los mares con vientos contrarios y con temporales desencadenados. Son esos mismos estímulos los que han de desarrollar en nosotros las potencias latentes para irle ganando la proa al fatalismo y a las demás fuerzas contrarias. Dios así lo quiere, por mérito de su bondad; para bien de la misión que nos ha encomendado en la Tierra; por la ley de perfeccionamiento, en fin. Para ello, y por ello, ha puesto en nosotros las potencias volitivas, el poder de deliberación, de obrar o de abstenernos, y, por último, la opción de lanzarnos, según nuestro arbitrio, desde lo que se llama punto indiferente de una cuestión, hacia cualquier otro punto que se nos antoja, aunque el antojo nos cueste alguna vez tiras de piel.

Pero esta libre determinación es también función del conocimiento.

Efectivamente, el acto está subordinado a la función de la inteligencia; al grado de conocimiento adquirido en nuestra evolución. Así se explica que es mayor el radio de acción de nuestro albedrío, cuando más grados tiene nuestra inteligencia. Conocimiento para oponer una ley a otra; conocimiento para conquistar a las fuerzas deterministas, el viento y la marea, que el capitán debe utilizar inteligentemente... hasta donde su saber alcanza. Y tenemos, pues, que aquellos dos fautores del acto, determinismo y libre albedrío, están a su vez ligados a la función superior de la inteligencia, sin la cual el capitán no sería capitán ni tendría mando de navío.

Esta función inteligente agranda el radio de acción de nuestro libre albedrío y aumenta por ende nuestra responsabilidad. Por algo son más responsables los que saben que los que ignoran; pero he aquí que como ignoramos infinitamente más que sabemos, la acción de este conocimiento,—el margen efectivo de libre albedrío es pequeñísimo.

No es, pues, el libre albedrío quien puede regir por sí solo la nave, ni a su vez la rige el determinismo a secas. Hay en ello el concierto de distintos factores, que vienen a crear un sistema determinista dentro de la nave, independiente y dependiente a un tiempo mismo de las fuerzas que mandan fuera: sobre nuestra cabeza y en la movilidad del mar por donde navegamos. En este sistema entra en juego el libre albedrío del capitán; la inteligencia, la necesidad y circunstancias relacionadas con la misión del buque y con el viento que sopla, con la fisiología y con la psicología del marino, con su momento evolutivo, en suma, todo ello en función solidaria.

Así en el mar de la vida hay determinismos dentro de nosotros dependientes e independientes del planeta que habitamos; y en este planeta, la Tierra, existen determinismos dependientes e independientes del sistema solar a que pertenece; como en este sistema solar existirán sin duda determinismos dependientes e independientes de la nebulosa, de que forma parte, y así en la cadena sin fin de lo infinito, en el microcosmos, como en el macrocosmos. Pero en cada sistema hay su margen de libre determinación; margen pequeño, como lo es el timón respecto de la nave, pero margen al fin, que regula nuestra responsabilidad intrínseca, y que obliga al capitán a regir su barco, según el tiempo, una veces en bonanza, mientras canta una barcarola, y otras veces frente a un temporal deshecho, mientras sus labios musitan una plegaria. Es así, sólo así, como puede entenderse el determinismo, sin caer en la pasividad del fatalismo. Así solamente se comprende cómo es que, no obstante las fuerzas deterministas que mandan en la vida, es preciso estar constantemente sobre la caña del timón. Que el que la abandona ante la idea de que fatalmente ha de ocurrir lo que está determinado, pronto será juguete del viento y se estrellará contra algún arrecife. Conste así para justificar la decisión y la valentía conque el espiritista guía su nave y hace frente al mal tiempo en los mares de la vida.

Pero ello no obstante, el libre albedrío, en su genuina concepción, queda reducido a la mínima expresión, encerrado entre sistemas deterministas de diferente naturaleza, que actúan dentro de nosotros y fuera de nosotros. No es libre, pues, todo acto que generalmente se considera libre, y, no siéndolo, la idea de responsabilidad intrínseca no puede ser tan amplia como el vulgo cree o como la justicia de tejas abajo viene obligada a considerar.

La verdadera justicia, la superior, no puede imponer *castigo* sobre culpas que se cometen bajo el imperio de fuerzas ajenas al hombre, ni por ignorancia de leyes que desconocemos o que apenas vislumbramos. Sin embargo, la expiación es un hecho real. Todo aquel que falta

a la ley sufre la consecuencia; y como la ignorancia de las leyes no exime de su cumplimiento, es el caso que las consecuencias se sufren aun cuando la ley se desconoce.

Es que la expiación *no es castigo,* sino un medio necesario para nuestra evolución. Expiar es borrar una falta, compensar un acto de signo contrario dentro de la suprema ley de justicia.

Por ignorancia tomamos una brasa encendida; sufrimos la agresión del fuego: ¿es esto un castigo? No; es la acción natural de una ley bajo la cual hemos caído. Adquirida la experiencia, no lo repetiremos más; y el círculo expiatorio se ha cumplido, sacando nosotros una enseñanza, algo que nos obligará mañana a ser más cautos, o a no tomar las brasas encendidas, o a inventar un guante incombustible que nos permita tomarla sin sufrir la acción del fuego.

Tomada así la expiación no hay en ella venganza, ni infierno,. ni absurdo, sino acción natural y complementaria para nuestro progreso. Que, como dijo el poeta,

El dolor ¡ oh, misterio !
El dolor no es el mal
Es el cauterio
Que el cielo aplica.

¿Satisface este análisis de la expiación?

PROF. ASMARA

SOBRE EL ETER

Un diario de Barcelona, "Las Noticias", hablando de radiotelefonía, comenta, bajo la firma de Salvador Raurich, una conferencia de sir Oliver Lodge, tratando del éter. Consideramos de interés reproducir este comentario que transcribimos en seguida:

Este eminente radio-físico inglés ha dado recientemente una notable conferencia sobre ese enigmático cuerpo, efluvio... o lo que sea, que tanto preocupa al mundo físico de nuestros tiempos, y mucho más desde el punto y hora en que todos los sabios convienen en que es solamente el Eter el vehículo o medio transmisor de las ondas hertzianas de la T. S. H.

Uno de los efectos "visibles" que más suelen convencer al vulgo de la existencia real de ese seguro o substancia invisible e impalpable, consiste en que, por ejemplo, un cuadro de recepción, una antena interior, escondida entre muros, o en las entrañas de la tierra, es capaz de hacer funcionar un receptor radiotelefónico. Para las ondas hertzianas los obstáculos o masas materiales parecen resultar tan transparentes como el cristal lo es para la luz. Luego el medio o vehículo transmisor

de las ondas debe ser una "materia" que lo empapa e infiltra todo, según vamos a verlo por las interesantes definiciones del eminente electrotécnico inglés.

Dice así el sabio profesor:

El Eter del espacio es un tema de incógnita y aparentemente infinita magnitud, y de una realidad superior a la presente concepción humana. Por efecto de una especie de instinto, uno siente como si fuera el albergue de la existencia espiritual. Es coexistente con el universo físico y ocupa en absoluto todo lugar del espacio. Es "aquello" que integra todos los materiales; es un lazo entre mundos. Se extiende más allá de la más lejana estrella; en el corazón del átomo tiene su hogar. Atraviesa, controla y lo domina todo. Escapa a los humanos sentidos, y sólo puede ser apreciable con la fuerza del pensamiento.

No obstante, el Eter es una cosa física; no es una entidad psíquica; pero es el vehículo de ella. Su mecanismo es desconocido por nosotros; su naturaleza íntima nos escapa. Sin embargo, debe tener mecanismo, por cuanto está sujeto a leyes físicas.

Sus vibraciones pueden ser analizadas; nos traen información, y sin esas vibraciones no existiríamos.

Toda la vida planetaria depende de los temblores del Eter. Es el lazo de unión física universal; el transmisor de toda clase de fuerza. La acción a distancia depende enteramente del Eter, y es manifiestamente el vehículo o substrato que gobierna la electricidad, y el magnetismo, y la luz, y la gravitación, y la cohesión...

Pero aun siendo el asiento de todas las fuerzas eléctricas, y, en realidad, el único transmisor de la fuerza, no es electricidad, así como tampoco es materia. No obstante, una carga eléctrica debe de estar compuesta de Eter, en una forma que aun está por descubrir.

Indudablemente, el Eter posee propiedades eléctricas y magnéticas, y es el vehículo de la gravitación y de la luz. Es el nexo que une los planetas en un sistema solar. Une también las partes del átomo y los conglomera. Es el asiento de prodigiosas energías, de una fuerza que el hombre no puede imaginar.

Oculto dentro de su constitución, hay una velocidad fundamental y absoluta; una velocidad no de locomoción, pero sí de circulación interna. Lo que hay en ese movimiento de rotación, de torbellino, no lo sabemos; sin este movimiento giratorio, no concebimos el Eter. Ese movimiento, junto con un "algo" fundamental, constituyen el Eter. Y no alcanzamos a destacar uno de otro estos integrantes, ni aun con el pensamiento.

Pero se trata de una forma especial de torbellino giratorio, de un nudo, de una forma especial de energía o una ampolla, un hueco, o una extracondensación, ¿o qué? Esta es la cuestión que conviene atacar y que hasta ahora no ha recibido solución.

Sea cual fuere esa "forma", llamamos a esa unidad individualizada, un electrón o un protón. Y sabemos que de tales unidades de átomos está hecha la materia. Sabemos que todos los cuerpos que vemos y tocamos, no son otra cosa que conglomerados magnífica y bellamente organizados de electrones positivos y negativos, sujetos, adheridos, cohesionados por el medio propio de que ellos se componen. El mundo, las estrellas, los cielos, no son otra cosa...

Cómo han sido construídos y como movemos nuestros propios cuerpos, es lo que ignoramos.

Pero hay evidencia demostrando que somos en realidad independientes, que continuamos en existencia y podemos abandonar nuestros cuerpos. La materia no es parte de nuestro ser real; es decir, no de nuestra naturaleza esencial. No es

más que un instrumento del que nos servimos durante un tiempo, pero que luego desechamos.

Probablemente no nos es dado actuar directamente en absoluto sobre la materia. Nuestra voluntad, nuestro pensamiento, nuestra vida psíquica, actúan a través de éste, indirectamente, sobre la materia. El Eter es nuestro instrumento primario y permanente.

Como se ve por estas hondas disquisiciones del sabio profesor, el problema conduce a todo un laberinto de ideas e hipótesis.

Sus conclusiones en realidad nos llevan a donde estábamos; esto es, no sabemos todavía lo que "es" el Eter, aunque tocamos constantemente sus efectos físicos y oímos los conciertos que en sus alas nos transmite el micrófono.

Esta situación descorazonadora nos recuerda aquella semejante declaración de sir William Thompson (lord Kelvin), hecha con motivo de visitar, de incógnito, una gran central de electricidad.

Los ingenieros esforzáronse por hacer comprender al eminente incógnito el significado de los mecanismos de la central y laboratorio eléctrico. Lord Kelvin dióse por enterado, y, al dar a los ingenieros las gracias por sus atenciones, quedóse perplejo, y, encarándose sonriente con ellos, les dijo: Muy bien, señores; pero... ¿podrían ustedes acaso decirme qué es electricidad?

El Sr. Raurich se descorazona porque el autor de "Raymond o la vida y la muerte", no le da hecha, pulida y terminada la definición; lo que "es" el éter. Es comprensible. ¡Es tan grande nuestro deseo de saber! Tan grande que no queremos hacernos cargo de que estamos aún en la infancia del conocimiento. Tan grande, que conforme hay alguien que se destaca algo en el conocimiento de las cosas, pretendemos que nos hable como si se hubiere llegado ya al dominio de lo absoluto.

Ciertamente, sir Oliver Lodge no ha definido lo que "es" el éter; pero hemos de preguntar al Sr. Raurich si hay alguien que haya podido definir todavía lo que "es", ser en su verdadera esencia, nada de lo que hiere nuestros sentidos, ni siquiera en cosas que son más abordables que el éter. Hablamos de definición perfecta, sólida y concluyente, es natural; no de esas definiciones puramente convencionales.

Además, el ilustre físico inglés, no pretende tampoco sentar conclusiones; pero aunque no afirma lo que "es" el éter, hace su aportación al estudio de lo que parece ser. Sigámosle por aquí sin descorazonarnos; es esta la única manera de saber algún día lo que sea, o de saber que no es, si se aclara finalmente este importante problema de la existencia del éter.

Pólux

Un lazo misterioso une a la Naturaleza celeste y a la Naturaleza terrestre. — De Humboldt.

Lo que somos y lo que debemos ser

No voy a descubrir nada a quienes les diga que todos, en más o en menos, somos algo distintos a lo que debíamos ser para estar en consonancia con lo que proclamamos; y esto es una verdad tan grande y tan antigua que bien claro lo dijo Cristo en su parábola de la paja y de la viga en el ojo; y hasta los refranes lo consagran: "una cosa es predicar y otra dar trigo", etc., etc.

Todos reconocemos las excelencias de cumplir exactamente todos los deberes para con Dios, para con el prójimo y para con nosotros mismos; aspiramos a ser perfectos y, por tanto, a cumplir por completo esos deberes; pero yo tengo la seguridad plena de que ni uno de los que espiritistas nos llamamos, hacemos eso. Ya sé que me diréis que no somos perfectos, que si lo fuéramos no habríamos venido a la tierra, que es muy difícil curarse de todos los defectos, etc., etc.; pero, hermanos míos; examinémonos con absoluta franqueza: ¿ponéis todos los medios para llegar a esa perfección cuanto antes?... Podemos contestar que no, sin mentir lo más mínimo. Es el hombre sobrado indulgente consigo mismo y encuentra siempre razones poderosas para disculpar y, muchísimas veces justificar, la falta que ha cometido, comete o piensa cometer.

Muchas veces, al obrar de cierto modo, nos decimos: "esto no debiera hacerlo, pero"—añadimos o pensamos a los pocos momentos—"si no lo hago resultará tal daño, y además que nadie lo va a saber". Y satisfecha nuestra conciencia interior con el primer argumento de la evitación de un daño, y satisfecha nuestra conciencia exterior con el segundo, realizamos lo que no debiéramos.

Esto tan común, que pocos hermanos habrá (si hay alguno) que pueda afirmar no hallarse ni haberse hallado en este caso, se repite una y otra vez, inconscientes en algunos casos, de que faltamos a la ley, pero conscientes, muchas otras, de que sí faltamos. Y es porque en nuestro fuero interno, a pesar de que a voces confesamos nuestro credo espiritista, nos falta el *absoluto* convencimiento de que estamos en lo cierto; y pensando en los argumentos que antes expongo y (sin querérnoslo confesar), en que tal vez estemos equivocados, vamos adelante tratando de compaginar las leyes que conocemos con lo que nuestro gusto, nuestro deseo y aun nuestro capricho nos impele a hacer.

Es evidente que el que tenga fuerza de voluntad suficiente para dominar todos los impulsos y ajustarlos a las leyes naturales estará en

el fiel de la balanza y habrá cumplido la misión que le hizo encarnar; pero este mundo, este plano físico no tendrá ya nada que enseñarle y, por lo tanto, estará en disposición de que las próximas reencarnaciones sean en mundos donde tenga nueva lucha que desarrolle en él otras latencias, que aquí no han encontrado su medio ambiente. Pero también es indudable que siendo esa la finalidad de la encarnación, a conseguirla deben tender todos nuestros esfuerzos, y cuando un hombre quiere conseguir una cosa, lo más indispensable es saber lo que se propone conseguir y después lo que ha de hacer para conseguirlo.

Si muchos de nosotros sabemos lo que nos proponemos conseguir, que es la evolución de nuestro Ego hacia lo "superior", la inmensa mayoría de estos muchos está completamente ignorante de los *medios* para conseguirlo. Saben (aquellos a los que me refiero) que hay que mejorarse, pero no saben en qué, y si lo saben, ignoran el cómo, y a esto tiendo yo con estas líneas, a presentar, para quien no los tenga, medios o medio de ir realizando esa evolución.

Es preciso tener presente que las evoluciones son lentas, pues si fueran rápidas serían revoluciones y además, porque en todos los hombres hay una naturaleza y un fondo que se ha ido formando en el transcurso de los siglos, y que es el resultado de nuestra actuación en encarnaciones anteriores, y para variarlo necesitamos llegar, por hábito o costumbre, a repugnar lo que nos retrasa y a practicar lo que nos eleva, y para llegar a un resultado cualquiera, por medio del *hábito,* se necesita mucho tiempo, mucho; o una dosis de voluntad, perseverancia y atención grandísimas; y además, sostener estas tres *mucho tiempo*: de modo que siempre necesitamos *tiempo.*

Pero sabiendo que el tiempo es infinito y que es nuestro: que no se nos regatea el que necesitemos, que si no nos bastan mil existencias tendremos cien mil, podemos, sin prisa, pero con método, dedicarnos a nuestra tarea, y hecha con método iremos más de prisa que a ciegas.

Así, una vez convencidos de que nuestra misión es limpiarnos de los defectos que tenemos y una vez decididos a hacerlo, lo primero que debemos comprender es que la mejor manera de aprovechar los esfuerzos, es dirigirlos *siempre* en el mismo sentido y no hoy en un sentido y mañana en otro: por lo que, y partiendo del supuesto de que tenemos varios defectos (por no decir muchos), no podremos combatirlos todos a la vez y, es más, no *debemos* intentarlo, porque la diversidad de objetivos, al dispersar las fuerzas, quita eficacia a las empleadas para alcanzarlos; y debemos escoger uno solo de esos defectos y dedicar toda nuestra atención a eliminarlo por hábito, por costumbre de hacer lo contrario de lo que hacíamos; y para ello, el gran Franklin, en una obrita que titula "El arte de hacerse rico", da un medio sen-

cillísimo y de gran eficacia *para el que lo siga.* Subrayo esas palabras, porque no basta *desear* seguirlo, sino que hay que seguirlo.

Helo aquí: En una libretita pequeña, de bolsillo, se escribe en una página, unos debajo de otros, los nombres de los siete días de la semana y a continuación de cada día, y dentro de él, se marca de un modo cualquiera, cada vez que incurrimos en aquel defecto o falta que queremos corregir, y al ir a acostarnos se cuentan y escribe esa suma, comprometiéndonos formalmente con nosotros mismos a que al día siguiente sea menor el número de faltas, para lo cual dedicaremos nuestra atención a vigilarnos para dominar nuestro impulso, cuando se presente la ocasión de cometerla. Al finalizar el 2.º día, compararemos con el anterior, y si, efectivamente, hemos logrado una reducción, nos haremos el firme propósito de seguir disminuyendo ese número en los días sucesivos: y, si por desgracia, no lo hubiéramos logrado, nos comprometeremos, con más energía que el día anterior, a lograrlo en el siguiente.

Si hacéis esto una semana y otra y otra, yo os aseguro que en plazo, relativamente breve, llegaréis hasta a olvidar aquel defecto o falta en que antes incurríais. Y cuando por haber pasado muchos días sin cometerlas adquiráis el convencimiento de haberla vencido, dedicaos a otra y haciendo lo mismo constantemente, lograréis vencer con facilidad y una a una todas las malas cualidades que aún os dominen, y si conseguís desprenderos de todas en esta existencia, ¡felices de vosotros! Y si no lo conseguís, de todas os hará gozar lo conseguido, por poco que sea, y habréis cumplido la misión de dar un paso en el sendero de la evolución.

Creedme, pues, hermanos míos, y solamente haciendo eso seréis ya lo que debemos ser, esto es, adalides del progreso que luchan constantemente por alcanzarlo, y dejaremos de ser rezagados, esto es, *aspirantes* a conseguir el progreso, pero no haciendo nada por alcanzarlo.

FRANCISCO SEGUÍ

Motril, Marzo 1925.

La personalidad humana se levanta en la cuna de la creación como el punto luminoso donde se confunde la Naturaleza y el espíritu; que se desciñe su armadura después del combate.

La muerte es tan sólo una apariencia. La voz de Dios en la Naturaleza nos dice que el hombre es inmortal y que en el sepulcro no subsiste después de la muerte. — CASTELAR.

CAMILO FLAMMARIÓN

Con el propio título publiqué en estas mismas columnas, un año y medio atrás, un artículo en que describía las impresiones de mi visita al famoso astrónomo en su Observatorio de Juvisy, cerca de París. Por la mágica evocación de la memoria, lo veo ahora ante mí, sonriente y amable. Su salud aparentaba ser perfecta, y su mirada, reflejo de una aguda espiritualidad, era brillante y vivaz; pero en la palidez de su rostro aparecía la acción demoledora de los ochenta años. Desde algún tiempo a esta parte, Flammarión pasaba los inviernos en Niza, huyendo de los rigores del clima de París. En fin, hacía ya unos seis meses que no se publicaba ningún artículo suyo en el "Boletín de la Sociedad Astronómica de Francia", de la cual era él el fundador, su primer presidente, su secretario general perpetuo, en fin, su alma entera. Estos precedentes y este silencio eran presagios de un triste desenlace, que por desgracia acaba de cumplirse.

Pero no por lo prevista ha sido menos dolorosa la noticia. No sólo Francia, sino la humanidad, han perdido en Flammarión un espíritu eminente, acreedor del más profundo agradecimiento por su obra de difusión científica no igualada por nadie, obra de elevación cultural a base de las grandes conquistas de la Astronomía y de los inquietantes problemas filosóficos que plantea el estudio de la Naturaleza. Diríase que la muerte de Flammarión ha producido un vacío en nuestra alma; que se siente la ausencia de una intimidad espiritual; que falta aquel sentimiento placentero y sedante de sus optimismos y de sus palabras.

Nació Flammarión en 1842, en Montigny-le-Roi, e hizo sus primeros estudios en el Seminario de Langres y le fué imposible continuar en esta disciplina.

A los diez y nueve años, inspirándose en un libro de Fontenelle, pero con base científica moderna, escribe su obra sobre la pluralidad de mundos habitados, y que ha sido traducida a todas las lenguas y de la que se han publicado innumerables ediciones.

Hacia la misma época, entró como alumno en el Observatorio de París, entonces dirigido por Leverrier. El joven y romántico Flammarión se pone en contacto con el insigne y severo astrónomo matemático que descubrió Neptuno sin más instrumentos que la pluma y el papel. Cuantos hayan leído las obras de Flammarión habrán seguido con el máximo interés el choque de aquellos dos caracteres simbólicos. Flammarión, poeta astrónomo, soñador y amable; y Leverrier, astrónomo

matemático, malhumorado y adusto, para el cual los astros no eran más que puntos materiales y el Universo un amontonamiento de ecuaciones diferenciales. Aquellos dos caracteres representan las dos escuelas extremas que durante muchos años se han dibujado en la Astronomía y que tienden a fundirse en un término medio, gracias a la evolución de la mentalidad científica y al desarrollo inaudito de la Astrofísica. Pocos ejemplos quedan ya de la enfática rigidez de los Delambre, de los Delaunay, de los Leverrier, de los Hansen. Camilo Flammarión puso todo su empeño en demostrar que la Astronomía no se reduce a llenar páginas y más páginas de símbolos matemáticos, sino a levantar nuestros pensamientos por encima de las pequeñeces terrestres y a comprender la trascendencia de los misterios y de las grandezas del Cielo. Por fortuna, los admirables triunfos de la Astronomía, expuestos en sus líneas sintéticas, son accesibles al público inteligente, sin requerirse ningún conocimiento profundo de la Matemática, de la Mecánica o de otras ciencias.

Gracias a la tendencia iniciada por Francisco Arago, con su Astronomía popular, y tan brillantemente continuada por Camilo Flammarión han podido llegar a conocimiento de todos los hombres pensadores y hasta a las almas adormecidas las grandes conquistas de la moderna Astronomía. A esta labor de divulgación debe estar agradecido el público en general, por los nuevos horizontes que se abren a su entendimiento y deben estar también agradecidos los astrónomos a secas, ya que, de lo contrario, nadie hubiera podido enterarse de sus investigaciones, excepción hecha de sus colegas profesionales. La vida de Flammarión ha sido de trabajo incesante. No ocupó nunca ningún cargo oficial, no recibió nunca retribución del Estado. Todo lo consiguió a pulso. La enumeración de sus libros y demás trabajos sería inacabable. Flammarión no fué propiamente un astrónomo observador o investigador; fué un excepcional astrónomo pensador y publicista, y en cuya labor le secundaron eficazmente tanto su primera esposa como la segunda, ambas de extensa cultura, y que supieron hacer feliz a su consorte por su profundo afecto y por la comprensión de sus excelentes cualidades. Aparte de un laborioso estudio que publicó en su juventud y que lleva el título de Catálogo de estrellas dobles, todas sus demás publicaciones han sido de carácter popular, sin faltar nunca a la exactitud científica, si bien exagerando tal vez en ocasiones el estilo anecdótico en gracia a la amenidad del texto. Buena parte de sus actividades se aplicaron a estudios filosóficos, que al fin y a la postre son la objetividad principal de la Ciencia pura, descollando entre ellos los referentes a la Metapsíquica y al fenomenalismo anímico. En sus últimos tiempos dió a la estampa tres tomos sobre la "muerte", trabajo

del mayor interés, pero que, por desgracia, no soluciona en forma definitiva el pavoroso problema, como el propio autor reconocía en sus conversaciones íntimas. En fin, la lectura de sus libros ha despertado numerosas vocaciones, y hombre de tanta altura como M. P. Apell, eminente matemático y rector actual de la Sorbona, de París, ha declarado que sus aficiones científicas se iniciaron con los libros de Flammarión.

Personalizando un poco esta nota necrológica, no puedo menos de recordar que desde hace más de 35 años he mantenido correspondencia científica con M. Flammarión, correspondencia que se inició con una nota astronómica que tuvo a bien publicar en una revista de París, cuando yo contaba unos diez y seis años. Desde entonces no se interrumpió nuestro contacto espiritual, y conservo como nota profundamente simpática sus amables frases con motivo de haberme honrado la Sociedad Astronómica de Francia con el premio Janssen, y sus manifestaciones de entusiasmo, mucho más reciente, por mi artículo publicado en "Scientia", de Milán, sobre las observaciones estereoscópicas de las corrientes estelares. Mi última visita y mis últimas palabras con M. Flammarión fueron durante el verano de 1923, en su Observatorio de Juvisy, histórico castillo que le regaló un admirador, y que Flammarión transformó en Observatorio, provisto de museo, espléndida biblioteca y extenso parque. En este castillo habían pernoctado varios reyes de Francia en su viaje anual de París a Fontainebleau, y fué en el salón actual del Observatorio donde, el 30 de marzo de 1814, Napoleón recibió la noticia de la capitulación de París y de la caída del Imperio; y fué allí mismo donde preparó con el príncipe de Wagram y su estado mayor un inútil esfuerzo defensivo, partiendo al fin para los adioses de Fontainebleau. Flammarión, procuró conservar todos los recuerdos históricos del "chateau", dió al edificio un aspecto moderno y lo proveyó de abundantes elementos de estudio, sin otros recursos que los personales y con la colaboración material de algunos amigos, entre ellos de Gordon Bennet, director que fué del *New York Herald*. En el salón biblioteca tuve la satisfacción de mostrarle algunas visiones estereoscópicas de las nubes de estrellas de la constelación del Sagitario. M. Flammarión contemplaba absorto aquellos panoramas, exclamando para sus adentros: *Quelles profondeurs!...*

Paseamos con M. Flammarión y su esposa por el parque del Observatorio. El cielo estaba cubierto y lloviznaba. Las frondosas espesuras del bosque mostraban su fresco verdor y el ambiente húmedo y neblinoso envolvía el paisaje de indefinible encanto. En medio de un parterre se destaca una losa. *Voici ma tombe,* dice Flammarión señalando la losa. *¡Et la mienne aussi!* exclamó vivamente su esposa. La

conversación cambió de sesgo al llegar al verdeciente *Salon d'été* y al *if* de Luis XIV. Me despedí, al llegar al final de *allée*, de aquel hombre glorioso, con la convicción de que era la última vez que estrechaba sus manos.

José Comas Solá

De *La Vanguardia*.

UNA CASA ENCANTADA

(Continuación)

Consagré el domingo a mis deberes religiosos, encontrándome por vez primera, en la iglesia, con mis feligreses, que habían acudido en gran número. Yo les tenía por personas serias y atentas, aunque no me parecían muy favorecidos desde el punto de vista de la inteligencia; por esto, me pareció inverosímil que uno de estos rústicos campesinos de rostros asombrados, vuelto hacia mí, se entregase a una jocosidad de mal género.

Llegada la noche, mi mujer y yo nos encontramos solos en casa, sentados en el saloncito, cerca del fuego. A las ocho, decidimos dar una última vuelta por la casa, aunque ya hubiésemos tomado todas las precauciones imaginables. Cuando nos hallábamos en la entrada, nos detuvimos un poco sorprendidos; ambos habíamos oído un ruido inequívoco: un paso mesurado, lento y firme, iba y venía por el corredor del piso superior, al cual daban todas las habitaciones. Los pasos eran tan distintos y sonoros, que no había error posible. Subí la escalera rápidamente, con una palmatoria en la mano, pero cuando llegué al pasillo, nada vi; todo había terminado. Ayudado por mi mujer, busqué por todas partes inútilmente. Si un ser viviente hubiera estado en el corredor, no habría podido desaparecer de una manera tan enigmática. Volvimos a visitar todos los rincones del edificio y debimos, por fin, convencernos de que cualquiera que fuese la causa de los pasos oídos, no alojábamos en la vicaría ningún huésped de carne y huesos. Quise también visitar los alrededores y descorrí el cerrojo para entrar en el jardín, pero en seguida volví atrás, llamado por mi mujer, que había oído de nuevo los misteriosos pasos en el corredor. A mi vuelta, habían ya cesado, pero volvieron a comenzar pocos minutos antes de irnos a dormir.

Debo ahora declarar sinceramente que cuando volvimos a entrar en el salón, mi mujer y yo hicimos vagamente alusión a la posibilidad de haber ido a parar a una "casa encantada". Debo incluso añadir que

no nos sentíamos tan obstinadamente incrédulos respecto a lo sobrenatural, para rechazar por absurda esta explicación sin examinar más a fondo el caso. No llegamos, sin embargo, en el primer momento a esta conclusión, limitándonos a reconocer que las manifestaciones eran bastante misteriosas y nada agradables.

El resto de la segunda noche transcurrió sin incidentes y durante unas dos semanas no aconteció nada singular. Entretanto, habíamos acabado de poner en orden la casa y tomado a nuestro servicio una robusta campesina y un muchacho de catorce años. Este último estaba encargado del cuidado de un par de caballos y de algunos pequeños trabajos manuales; pero no dormía en casa. Seguíamos siendo tres, salvo los casos rarísimos en que nos llegaba algún huésped. La criada procedía de una aldea lejana y no parecía tener relaciones en la comarca.

Durante algún tiempo aun, continuamos sin ser excesivamente molestados; de vez en cuando, oíamos los pasos inexplicables, pero no nos inquietaban, reconociendo que, fuese lo que fuese, parecían inofensivos y en nada turbaban nuestra tranquilidad. Pero no tardamos en ser obsequiados con nuevos fenómenos, cuya intensidad iba en aumento. Estaba provisto el edificio de vastas bohardillas, que encontramos vacías y en excelente estado y que utilizamos para colocar en ellas maletas, cajas, baúles. Se subía a ellas por una escalerilla particular, cuya puerta cerramos con llave tan pronto terminamos nuestra tarea.

Pues bien; una noche, mientras estábamos acostados, pero aun no bien dormidos, comenzó a desencadenarse un alboroto formidable que procedía de las bohardillas. El sueño desapareció en el acto de nuestros ojos. Y este alboroto tenía una causa vulgarísima: baúles, maletas, cajas, todo parecía agitarse al mismo tiempo, montando unas sobre otras, cayendo, rodando, formando una batahola ensordecedora que no llevaba trazas de terminar. Una inspección inmediata se imponía. Corrimos a las bohardillas, pero nada sacamos en limpio; nuestra presencia había llevado a ellas la calma. Todo estaba en perfecto orden, en el mismo sitio en que lo habíamos colocado. Nos quedamos más embarazados y humillados que nunca ante la imposibilidad de resolver el misterio.

A título de diversión complementaria, fuimos también favorecidos con una serie de fuertes golpes, que variaban de modo y de tonalidad; unas veces eran rápidos, impacientes, vehementes; otras, lentos y vacilantes; pero pertenecieran a esta o a la otra clase, nos regalaban con ellos tres o cuatro veces a la semana, por término medio. Este era el fenómeno más frecuente, a tal punto que rara vez se le

esperaba en vano. Sin embargo, como no eran inquietantes, no tardamos en familiarizarnos con ellos. Sobre este asunto, vale la pena de anotar una circunstancia interesante. En ocasiones, mientras desde mi lecho escuchaba los golpes dados, me sentía impulsado a apostrofar sarcásticamente al hipotético agente, diciéndole, por ejemplo: "¡Cállate! No molestes a las personas honradas cuando duermen." O les retaba, gritándole que si tenía algo que comunicar o que formular una queja "lo hiciese de una manera clara y franca". A estas amonestaciones, los golpes resonaban con más fuerza y se sucedían con rapidez vertiginosa, pudiéndoseles calificar de "golpes apasionados". Tal vez sonría el lector, viéndome hacer alusión a una revelación posible entre mis exhortaciones y la creciente intensidad de los golpes; no puedo, por lo demás, afirmar categóricamente que así fuera; quiero solamente hacer constar un hecho: la coincidencia incontestable entre la intensidad de los golpes y mis frases de desafío. Me abstengo de hilvanar teorías, limitándome a exponer hechos rigurosamente controlados y honradamente relatados. Quizás se trate de una simple coincidencia y no de otra cosa.

Podría preguntársenos si los vecinos estaban informados de lo que ocurría entre nuestros muros domésticos. Nada habíamos dejado entrever, durante mucho tiempo, por varias razones. Primero, porque hablando de acontecimientos tan misteriosos, hubiéramos sembrado la alarma en la comarca y ésta habría dado por resultado la imposibilidad de encontrar y conservar una criada; luego, porque desconociendo casi en absoluto el carácter de nuestros feligreses, habríamos pensado que si las manifestaciones eran obra de un bromista de mal género, guardando silencio, podríamos descubrirle más fácilmente o llegaríamos a hacerle desistir con nuestra aparente indiferencia. De consiguiente, cada vez que la doméstica, joven, enérgica y vigorosa, se permitía aludir tímidamente a ciertas alarmas nocturnas, siempre eludíamos la cuestión de manera que no la animábamos a confiarnos sus inquietudes.

(Continuará)

El temor a la muerte deriva principalmente del temor a lo desconocido. Para los que creemos firmemente en la vida futura, la muerte es un cambio, un ensanche en los horizontes, una nueva vida en que se realizan los ideales de justicia y en que es posible un amor más grande que en la Tierra. — Shakespeare.

era más cálido. Un sol brillante casi a la mitad de su carrera, animaba con su luz y calor todos los ámbitos del espacio. El inmenso pabellón del cielo, tendía su luz desde el cénit a toda la esfera.

A la altura en que me hallaba, difícilmente podría respirar un ser humano; pero a pesar de la distancia, pude entrever entre los vapores que se levantaban de los profundos valles, lugares amenos, matizados como la esmeralda, y cadenas de montañas en algunos de cuyos picos un turbante de nieve marcaba su elevación sobre el verde fondo de los campos y el centelleo de los ríos, y aun más allá se dibujaban, o mejor dicho se presentía, un mar estrecho y al otro lado dilatadas tierras.

—El reino antiguo de Granada,—murmuraron a mi oído—está ahora bajo el imperio de tus miradas.

—¡Granada!—exclamé tristemente y buscando con los ojos la ciudad a donde tantas veces había enviado mi pensamiento y mis suspiros.—¡Granada!—repetí.

—¡Sí, Granada!—me contestaron.

Ahí nació Rafael, ahí vivió y ahí no pudo morir; merced a una perfidia que vas a conocer.

Pero, que no se pierda tu vista en el inmenso teatro que allá abajo se dilata.

Deja la costa africana que es aquella extensión parduzca que se confunde y desvanece en las nubes, y deja también ese brazo de mar en que se

vueltas con celeridad vertiginosa en una espiral cuyo centro no podía calcular dónde estuviera... Después, una contracción horrible, dolorosa... Ya no era como había sido. Y Empezaba a ser de otro modo.

¡Ah! los que nacen, vienen de donde van los que mueren.

VI

Cuando sientas ¡oh madre! vida de tu vida que se agita en tu seno, y acaricies en sueños a un ángel que pronto acariciarás despierta; cuando en un solo grito se confundan el ¡ay! de tu dolor y el primer llanto de tu hijo; cuando en la cruz de tus brazos sostengas después al más sagrado objeto de tu amor que toma dulce alimento en tu pecho, risas inocentes de tu boca, y de tus ojos inteligencias que te llenan de alegría, acuérdate que el cielo ha confiado a tus cuidadosos desvelos un alma que así se levantará, cuando hayas levantado aquel tierno corazón.

La más grata tarea que la naturaleza puede señalar a un ser, está confiada a tus manos.

Por eso, benditos son los dolores y sentimientos de la madre sobre todos los sentimientos y dolores humanos.

LIBRO TERCERO

CAPITULO PRIMERO

(Dictado de Marietta)

La visita de un muerto

I

Ya me comprenderán los que hayan vivido sin esperanza. Me basta añadir a todos: "Esperad a que se acabe la vida."

Estas fueron mis últimas palabras, cuando he descrito aquellos momentos supremos en que, muerta ya, se mezclaron mis lamentos con el postrer suspiro de Rafael que llagaba hasta mí mucho tiempo después de su muerte.

El dolor, anegando mis ojos en llanto y mi pecho en amargura, mantuvo en aquel instante aislado mi ser del recuerdo de la vida que acababa de dejar.

Quería identificarme eternamente con aquel suceso triste, con el cual si mucho sufría, mucho

visible protección de aquella providencia desconocida, que lo mismo me sostenía sobre los abismos y defendía de un peligro, como traía consuelos a mi soledad y esperanzas a mi alma.

IV

De tal suerte seguí mucho tiempo. Pero al fin amainó el viento y cesó la lluvia. Todo quedó envuelto, sin embargo, en una cerrazón espesa.

Entonces sentí sobre mi frente un soplo caliente que se sostuvo largo rato como una emanación flúidica. Un dulce sopor se apoderó de todo mi ser, mi cabeza se inclinó sobre el pecho, y mis ojos se cerraron.

Mas en mi cerebro se mantenía vivo el conocimiento de mi situación, la conciencia de mi estado: ni por un solo momento olvidé que descansaba en el aire, cortando vertiginosamente la atmósfera, existiendo, bajo el peso de la muerte, en otra vida.

V

Me llamaron. La voz de siempre pronunció mi nombre.

Mi contestación fué levantar la cabeza y abrir desmesuradamente los ojos. El ambiente

nía compuesta de murmullos de los campos, ecos del metal de los templos y gorjeos de los bosques; toda aquella aclamación que subía del mundo al cielo para corresponder al manantial de vida que derrama el cielo sobre el mundo, me hicieron olvidar el frío que experimentaba, siempre intenso cuando nace el día.

Subí tanto, que me vi sumergida en un océano de oro, mientras los primeros rayos casi horizontales del sol, tejían allá abajo hilos de plata tendían mantos violados sobre los montañas de Cataluña.

De pronto, un viento del Sur desequilibró la atmósfera, lo que me molestaba bastante, porque de frente al Sur yo marchaba.

Mi vestido flotaba suelto y entregado a los recios vaivenes del aire, y mis cabellos también ondulaban tendidos en pos de mi cabeza.

Delante de mí se fueron acumulando vapores blanquecinos que confundieron el cielo y la tierra en una sola nube. Me sumergí en ellos, y la lluvia azotó mi rostro. El agua se hizo torrencial y empapó mis ateridos miembros.

No era posible luchar contra los elementos que me asediaban, contra los vientos desencadenados, ni contra las abiertas cataratas del cielo: allí sola, allí perdida, sin momento de reposo ni lugar en que apoyarme, cegada por la nube, lanzada como la arista a los arrebatos de la tempestad, me entregué de lleno a la in-

también saboreaba en él la dicha de mis sueños; porque al fin yo le encontraba, porque al fin yo tocaba sus manos, porque al fin su cabeza caía en mis brazos... ¡Ay, pero cuándo! Cuando su voz no podía responder a su mismo nombre que tantas veces silenciosamente mis labios habían pronunciado.

¡Ilusiones de la vida: aun después de morir perseguís con fantasmas al deseo; aun después de morir brindáis con cálices que sólo contienen amargura!

Me abandoné por completo al sentimiento de aquella hora, olvidándome del pasado, sin pensar en el porvenir, como si quisiera que toda la eternidad quedara fundida allí, en aquel motivo de mi gran dolor.

II

Pero el pesar mata demasiado, y demasiado se interpone entre el ser y la nada, para que no pase al menor soplo de vida, como al menor soplo de viento pasa la nube interpuesta entre un sol y unos ojos ávidos de contemplarle.

—No te abandones de tal manera al sentimiento—dijo aquella voz del cielo;—queda para consuelo del alma después que deja una existencia, la ilusión de que sigue existiendo del mismo modo.

"Este es todo tu dolor. Crees que mientras Rafael ha dejado de existir, tú vives. Acuérdate de que los dos habéis muerto. Acuérdate de que todo lo que acabas de presenciar es la impresión delicada de un rayo de luz en la huella que han dejado en tu alma los sentidos que ha muy poco abandonaste.

"Levántate y ven; verás que los primeros destellos del día han hecho desaparecer la vaga sombra de un acontecimiento pasado, que si estos lugares lo han olvidado o guardan con su silencio, sin duda lo recordará la historia."

Me sentí conducir algunos pasos, y abrí los ojos. Estaba a la puerta de aquel recinto en donde había entrado impulsada por el deseo de ver a Rafael. En efecto, la luz crepuscular de la mañana rayaba en el horizonte dorando los contornos de los celajes más próximos a ella, despidiendo las sombras últimas de la noche, tiñendo de púrpura las cimas, de azul el cielo y de vago colorido las nieblas del llano.

Volví la cabeza para ver lo que quedaba dentro de aquella choza, y no vi más que escombros por su estado de ruina. Todo había desaparecido; los rumores del campamento, los soldados conduciendo heridos, el siniestro resplandor de las antorchas, Rafael espirando; todo había sido una visión, todo artificio de aquella manera de vivir.

—Nada queda—me dijeron:—esta es la vida

en el mundo que acabas de abandonar. Cada página se escribe sobre la página anterior, borrada por el tiempo. Del pasado sólo quedan ruinas, así como el esqueleto es lo último que queda del cuerpo humano.

"Todavía tienes algo que hacer sobre la tierra, y como en ella va casi siempre el sufrimiento unido a todo trabajo, aún tu alma se ha de templar algo más en el dolor; que si con él se nace, con él se muere para volver a vivir.

"Vamos, pues.

III

Como el ave que muchas veces rastrea largo espacio su vuelo para remontarlo después oblicuo hasta las nubes, así volé yo, y subí a gran distancia de la tierra.

¡Ah! Vi entonces cómo el templo de la naturaleza es más espléndido y magnífico a mayor altura. La grandeza del espectáculo que se ofreció a mis miradas, la magnificencia del sol naciente, quebrando sus rayos en las nieblas que pugnaban por ocultarlo, como si ellas solas quisieran embeber todo el torrente de su luz, la perspectiva de un mundo que despierta y se alegra con la trémula caricia de la aurora, y cuya sonrisa son esos ruidos de la hora del alba, que se extienden apagados por el espacio, armo-